

confluencia milagrosa de la mirada y la luz, se produce el acto último y consagrador de la celebración de la realidad por la palabra. Es decir, se produce el canto.

Y, sin embargo... No hay en todo el nuevo y último libro de Rodríguez ningún poema que registre, al menos con la pulcritud que se ha visto en las composiciones antes leídas, ese instante sobrecogedor y único de la manifestación, del epifánico aviso. La sustancial maduración del poeta —este libro ve la luz once años después del que le precede— parece hacerle obrar con mayor cautela, con más prudente sabiduría, con lo que ello puede suponer de pérdida aún mayor de aquel primer frescor juvenil que le permitía poner virginalmente su oído, sin riesgo alguno, a la espera ansiosa del signo revelador. Como no sea que, y ya desde una óptica más general, que si todo lo real aparece al cabo en trance de transfiguración, el libro en su totalidad pudiera leerse como una sostenida epifanía. Pero, sin embargo, no encontramos ningún texto que transcriba con nitidez ese amaravillamiento que deja en suspenso al ánimo cuando éste se encuentra, imprevistamente, ante el hallazgo o la manifestación trascendente. Que se detenga, aclaro, con aquel irrumpir brusco que supone la interrogante emocionada que escuchamos en «Alto jornal» (*¿qué es esto?*) o en «Un olor» (*¿qué clara contraseña...?*)

Y es que el poeta, en esa maduración sugerida, ha pasado de la aspiración (o el logro) de la verdad a la invocación del conocimiento. Y no es lo mismo la una que el otro. La verdad es una posesión única y absoluta, suprema y resolutoria: quien la alcanza (como el hablante de «Un olor») ha encontrado ya las claves del secreto de la vida, al menos de su vida. Con mayor humildad y menor pretensión —con esa macerada sabiduría de la madurez—, el conocimiento implica un intento, un esfuerzo, un hacia... (como tan luminosamente dejó planteado Vicente Aleixandre en sus inquietantes *Diálogos del conocimiento*). Ese impulso hacia el conocer en profundidad no amaina la aventura; por el contrario, la espolea, la hace más viva. Pues el conocimiento no es algo que pueda ser nunca una plena conquista —como podría serlo, ya quedó invocado, el arribo a la verdad—, sino algo por definición siempre haciéndose, siempre incoándose, siempre abierto hacia su complejidad. Y por eso la voluntad hacia él se vuelve naturalmente más actuante y dinámica: querer conocer es querer vivir.

Ha de observarse, en los dos poemas de *El vuelo de la celebración* que a continuación se reproducen, cómo, más que devolver verbalmente en ellos el encuentro milagroso ya alcanzado, lo que les da su sentido es un tono de ruego o invocación, de admonición, de súplica. Humildemente, el hablante los comienza con un acto de petición (*Dejad que el viento me traspase el cuerpo*, en «Un viento»), o bien de recomendación o consejo (*Y para ver hay que elevar el cuerpo*, en «Hacia la luz»). Por parecernos ya innecesarios los comentarios adicionales, me limito a copiarlos a continuación, con acaso un mínimo de clarificación en torno a ellos.

## UN VIENTO

*Dejad que el viento me traspase el cuerpo  
y lo ilumine. Viento sur, salino,  
muy soleado y muy recién lavado  
de intimidación y redención, y de  
impaciencia. Entra, entra en mi lumbre,  
ábreme ese camino  
nunca sabido: el de la claridad.  
Suena con sed de espacio,  
viento de junio, tan intenso y libre  
que la respiración, que ahora es deseo,  
me salve. Ven,  
conocimiento mío, a través  
de tanta materia deslumbrada por tu honda  
gracia.  
Cuán a fondo me asaltas y me enseñas  
a vivir, a olvidar,  
tú, con tu clara música.  
Y cómo alzas mi vida  
muy silenciosamente,  
muy de mañana y amorosamente  
con esa puerta luminosa y cierta  
que se me abre serena  
porque contigo no me importa nunca  
que algo me nuble el alma.*

## HACIA LA LUZ

*Y para ver hay que elevar el cuerpo,  
la vida entera entrando en la mirada  
hacia esta luz, tan misteriosa y tan sencilla,  
hacia esta palabra verdadera.*

*Ahora está amaneciendo y esta luz de Levante,  
cenicienta,  
que es entrega y arrimo  
por las calles tan solas y tan resplandecientes,  
nos mortifica y cuida,  
cuando la sombra se desnuda en ella  
y se alza la promesa  
de la verdad del aire.*

*Es el olor del cielo,  
es el aroma de la claridad,  
cuando vamos entrando a oscuras en el día,  
en la luz tan maltrecha por lo ciego  
del ojo, por el párpado tierno aún para abrir  
las puertas de la contemplación,  
la columna del alma,  
la floración temprana del recuerdo.*

*Tú, luz, nunca serena,  
¿me vas a dar serenidad ahora?*

Sólo invocación, por tanto: *Ven| conocimiento mío*, en «Un viento». Pero duda también: *cuando vamos entrando a oscuras en el día| en la luz tan maltrecha por lo ciego| del ojo*, se dice en «Hacia la luz». No son aún —o no pueden ser ya— poemas de la revelación, sino del reclamo expectante hacia ella. Pero ambos siguen siendo poemas mañaneros, pues en los dos el ambiente temporal es la hora del alba: la querida hora del poeta para continuar ejerciendo, siquiera ahora con una mayor carga reflexiva (y dubitativa), su sostenida mirada siempre auroral, siempre dispuesta al renovado reconocimiento y al renovado asombro ante las cosas y la vida.

No obstante, se ha producido esa disminución de la capacidad intuitiva para detectar las señales misteriosas de la epifanía, a lo que acabamos de referirnos. No es ello sino consecuencia del aumento en la tensión reflexiva, con lo que tal implica de ahondamiento y gravedad, pero, a la vez, de merma en el candor y la inocencia. Cañas resume admirablemente la inflexión sufrida: «Porque del *don* al *vuelo* y de la *ebriedad* a la *celebración*, se da un cambio semántico cuya primera connotación es la de una reflexión honda por parte del poeta. Tanto el *don* como la *ebriedad* parecen connotar un ser, unos valores abstractos y difíciles de definir. *Vuelo* y *celebración* requieren ya más malicia, ejercicio o sabiduría, pues ambos vocablos implican cierto oficio o práctica, cierto conocimiento adquirido con la reflexión, con el paso del tiempo». Y esa «malicia» y esa «sabiduría», a las que aquí se alude, restan la venturosa pasividad —o disponibilidad— para la audición «natural» e ingenua del misterio y aconsejan pasar todo por el tamiz implacable y escrutador del pensamiento.

Pero movámonos, sin traicionarnos, hacia el otro polo del péndulo. Porque, a pesar de las cautelas que la reflexión ordena, no ha decrecido la fe: el conocimiento es *puerta luminosa y cierta* en el primer poema; y en el segundo, la luz no es sino configuración o forma de la *palabra verdadera* que el poeta (el hombre) acecha. El ciclo se ha cerrado con la misma mantenida profesión de amor y proyección hacia la luz, que es aquí calificada de *tan misteriosa y tan sencilla* (donde los más extremos opuestos —el misterio y la normalidad— se armonizan y confluyen con la más suave familiaridad). Porque el encuentro se ha producido —o se desea que se produzca— con igual naturalidad al modo como, en *Don de la ebriedad*, la supratemporal claridad se instalaba en las cosas *haciendo de ello vida y labor propias*. El misterio hecho realidad, viviendo sólo de su acción sobre la realidad: la máxima cotidianidad de lo trascenden-